

Primer amor



LIBORIO

Tilín, tilín, tilín, sonó la campana del recreo. ¿En qué preciso momento se me ocurrió la idea? No recuerdo, pero creo que fue producto de la ocasión. Los salones del colegio Refous eran cabañas blancas de madera desperdigadas en un vasto terreno. En los recreos podíamos charlar, correr, jugar lo que quisiéramos, pero teníamos prohibido sentarnos y todavía más tumbarnos en el césped.

Vi a Liborio solo, apoyado en una cerca, en actitud contemplativa, observando lo que se desarrollaba frente a él. No andaba en grupos, no era hablador sino más bien reservado, y su carácter era suave, amable, pero decidido. Aunque bajo de estatura, era bello: tenía un matorral de pelo rubio

que le cubría el cuello y las orejas, unos ojos azules como aguamarina y una boca de labios gruesos y rojísimos. Yo había quedado prendada de él desde que lo vi el primer día de colegio de ese año. Mis tragas me arrollaban de golpe con gran ímpetu y me atrapaban en un remolino, hasta que, por cualquier motivo, desaparecían con igual brusquedad.

Me acerqué a Liborio con la impulsividad y valentía con que uno se lanza a un pozo de aguas heladas.

—Hola —dije observándolo intensamente.

—Hola —respondió sonriendo nervioso y desviando enseguida la mirada.

—Qué clase más aburrida esa de Historia, ¿no?

—Sí.

—Tengo algo que preguntarle —y

él seguía con la cara volteada hacia otro lado. Finalmente se volvió y, mirándome con reserva, musitó:

—¿ Sí...?

Le solté:

—Es que usted me gusta. ¿Quiere ser mi novio?

Como si hubiera estado esperando mi declaración, no mostró sorpresa. Ahora me miró decidido y habló con la serenidad y control emocional de un hombre maduro (ambos estábamos por los doce años):

—Gracias, pero no. No es que usted no me guste, pero es muy alta para mí.

Más que dolerme, me sorprendió; me rechazaba porque yo era tres centímetros más alta que él! En ese momento renegué de mi estatura, pero no se me escapó la comicidad de su repuesta. No bajé la mirada cuando escuché el definitivo no. Dije: —Bueno... —y me fui en busca de mis amigas.

Las encontré a la entrada del salón de clase y les conté que me le había declarado a Liborio. —¡Ay, qué loca! —¡Huy, qué oso! —Chillaban con excitación y se llevaban la mano a la boca ahogando la risa. Cuando les conté la respuesta de Liborio —Es que usted más alta que yo—, nos agarró a todas un ataque de risa que sólo fue cortado por la campana que anunciaba el final del recreo.

Al otro día se me pasó la traga. Se había cortado el pelo. Me bastó verlo sin su rubio matorral para que el encanto se disipara; o quizás me aproveché de esa circunstancia

para poner término a mi amor no correspondido.

JULIÁN

Era la tercera semana de colegio, y hacía sólo tres días que me le había declarado a Liborio. Mi pupitre quedaba en la primera fila, en la esquina junto a la ventana, a través de la cual se divisaba un amplio panorama: varios de los otros salones de clase, todo el patio de recreo y la entrada al corredor que daba a la parte oriental del colegio donde se encontraban los cursos de primaria. En el lado occidental del corredor estaban los salones de bachillerato, unas dieciocho cabañas —tres por curso. Por la entrada al corredor tenía que pasar Monsieur Jeangros, el rector del colegio, cuando desde su despacho, en el lado oriental, venía a hacer sus rondas por las cabañas de bachillerato, lo que ocurría con frecuencia. Por ese corredor vi aparecer el lunes de la tercera semana a un chico acompañado de sus padres y del temible Monsieur Jeangros. Di la señal de alarma de la proximidad del ogro, como llamábamos a Jeangros (los niños pequeños se orinaban de susto ante él, y los mayores nos paralizábamos). A esconder los comics, a tragarse los chicles (estaba prohibido mascar chicle), a sentarse derecho, a sacar los libros y cuadernos correspondientes a la clase en marcha, a esconder las notas que circulaban por debajo de los pupitres con todo tipo de apuntes picantes y sabrosos, y sobre todo a esconder el

papelito de la machaca. La machaca era la simulación de un insecto que construíamos con un caucho y palitos de fósforos y envolvíamos en un papel. Al abrir el papel que contenía la machaca se producía un ruido como de un bicho que salta de repente y escapa batiendo alborotadamente las alas; quien por azar llegaba a abrirlo, lanzaba siempre un grito, y ello ocasionaba su expulsión de clase, para la diversión de los demás. Se decía que quien era picado por la machaca —en este caso, quien abría el papelito que la contenía— era presa de una compulsión amorosa. Todos le teníamos miedo a la machaca pero no había juego en el colegio que nos excitara más.

Apareciendo por la entrada del corredor venía pues el grupo compuesto por Jeangros, el chico nuevo y sus padres, acercándose a nuestro salón, el segundo B. Desde el instante en que pude divisar de lleno la figura del chico, fue como si me hubiera picado la machaca: quedé tragada. Caminaba con gran energía, como dando saltitos, y el pelo que, abundante, lacio y negro, le caía recto sobre los hombros, se balanceaba al ritmo de su andar. Llevaba gafas, era pálido y de rasgos finos. Ese mismo día le hablé y, aunque era tímido, nos volvimos amigos. Él se sentía muy a gusto conmigo. Yo lograba ocultarle mi traga, y me aprovechaba de su inocencia para gozar de su compañía. Hasta la primera fiesta del curso.

Mi madre me compró, por primera vez, una ropa especial que me

gustaba. Fue mi traje de fiestas; a todas las fiestas de ese año fui vestida de la misma manera: pantaloncitos calientes de cuero blanco, un saco rojo con rayas naranjas de cuello de tortuga y pegado al cuerpo, y unas botas blancas del mismo material de los pantaloncitos. Cada fiesta de curso era una aventura de descubrimientos, declaraciones, rompimientos. La fiesta estaba en su apogeo cuando me di cuenta de que hacía un buen rato no veía a Julián, y disimuladamente empecé a buscarlo, hasta que lo encontré. Abrí con cuidado la puerta de una habitación que resultó ser la biblioteca de la casa donde se desarrollaba la fiesta, y allí estaba Julián, sentado en un sofá, solo, mirando al vacío. Cuando me vio se puso nervioso y sonrió débilmente sin decir palabra. Yo no abrigo ninguna intención especial y ni siquiera me había parado a pensar qué iba a decirle cuando lo encontrara. Pero al verlo allí solo, me asaltó la sensación picante y excitante que se siente ante una aventura peligrosa. Entré y me senté con decisión a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? —le pregunté.

—Sí, me siento un poco mal —dijo mirándome nervioso, con recelo.

Su nerviosismo me hizo sentir dueña de la situación, así que sin apenas darme cuenta de lo que hacía, le espeté:

—¿Has besado antes a alguna chica? —Una vez dije esto, desapareció el color de su rostro, de suyo pálido. Los labios se le pusieron completa-

mente blancos, lo que me hizo sentir malvada.

—No —balbuceó, y le empezaron a temblar las manos.

—¿Y no te gustaría besar a una chica?

Me miró con terror. Ante las gotas de sudor que aparecieron en su rostro, ante sus manos que se retorcián angustiosamente, fui presa de un deseo incontrollable de reír. La risa estalló, y un momento después estaba riendo a carcajadas. Así estábamos, yo cogiéndome el estómago de la risa y él mirándome aterrado, cuando apareció en la puerta mi amiga la Tata. A la Tata se le contagió la risa, al tiempo que le preguntaba a Julián de qué me reía yo. Cuando ya nosotras llorábamos de tanto reír, él empezó a unirse a nuestra risa. Al final, entre breves carcajadas nerviosas, le contestó a la Tata: —De un chiste, de un mal chiste.

JOSÉ

José Gómez se parecía a mi primo Adolfo, a quién yo adoraba. Ambos eran tiernos, amables, alegres y caballeros. Al almuerzo José me guardaba puesto, y cuando me veía aparecer con la bandeja en las manos se levantaba amistoso y cortés, señalando el puesto vacío junto a él. Estábamos en diferentes salones, yo en segundo B, y él en el C. Para sentarse esperaba que yo me acomodara, y luego, en medio del almuerzo, conversábamos, contándonos todo. Aunque no habíamos cumplido trece años, nuestra relación

tenía características maduras: hablábamos como amigos, bromeábamos como compañeros, nos ayudábamos en las tareas, nos contábamos intimidades sentimentales pasadas así como nuestros sueños para el futuro: él quería ser un hombre de negocios como su padre, yo quería ser pintora (entonces creía que bastaba sentir un deseo apasionado por algo para poder alcanzarlo). La traga mutua se desarrolló lentamente. Empezamos como amigos. Él se enamoró primero, y yo le correspondí cuando me enteré de que estaba enamorado de mí. No se me declaró, no me le declaré, no nos dijimos somos novios, pero nos tratábamos como novios. Nuestra relación era como un pozo de agua cristalina y templada en medio de un paisaje de suaves colinas verdes con árboles de flores olorosas.

Llegó el último día del año, cuando nos entregaban las notas y se realizaba la ceremonia de despedida. Por primera vez estábamos silenciosos, sentados uno al lado del otro, sin mirarnos, presintiendo la separación por el período de vacaciones. Y entonces nos enteramos de que él había perdido el año y ya no seguiría en el colegio. Sus padres lo llamaron aparte y se lo comunicaron. O sea que la separación sería definitiva. Me dijo: —Espera —y se encaminó hacia su salón de clase. Regresó con un ramo de rosas amarillas y un regalo. Me los entregó sin decir palabra y yo los recibí sin decir palabra. Abrí el regalo: era un álbum de canciones de Nino Bravo. A continuación se acercó,

sin timidez, suavemente, y me dio un beso en la mejilla, dio media vuelta y fue a reunirse con sus padres que lo esperaban a la entrada del corredor. Antes de desaparecer por éste hacia la salida del colegio, volvió la cabeza y blandió el brazo sonriendo tristemente. Una oleada de llanto venida desde lo más profundo me inundó y apenas pude contenerla. Cuando llegué a casa

puse el disco que me había regalado, me acosté en el sofá de la sala, y lo escuché llorando. En algún momento mi padre se acercó y me dijo: —Usted llora así porque sabe que lo va a olvidar. —Esa frase, antes que aliviarme, hizo mi llanto más caudaloso, más desconsolado. Lloré sin parar por tres días, con el dolor hondo y dulce del final de un primer amor.

